

Misa votiva de la Santísima Virgen María en Adviento
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe
La Crosse, Wisconsin
15 de diciembre de 2018

Is. 7, 10-15
Lc. 1, 26-38

Homilía

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Es una fuente de gran alegría para mí poder ofrecer la Misa votiva de Nuestra Señora en Adviento en la iglesia de nuestro santuario dedicada al Salvador y a su Virgen Madre bajo su advocación de Nuestra Señora de Guadalupe. Agradezco al rector, el padre Elías Mary, a los canónicos del Instituto Cristo Rey Sumo Sacerdote y a todos los que hicieron posible la celebración de la Misa Pontifical hoy. Agradezco, en modo particular, al padre William Avis, el maestro de ceremonias.

Hoy celebramos el misterio de nuestra salvación en Jesucristo recordando cómo Dios Padre preparó a la Virgen María, desde el momento de su concepción, para ser la valiosa vasija en la que su Hijo Unigénito tomaría nuestra naturaleza humana y de quien Él, Dios y hombre, nacería en Belén. De acuerdo con su plan amoroso de adoptarnos como sus propios hijos queridos —en su Hijo Unigénito—, Dios, a través de la maravillosa obra de su gracia, eligió a la Virgen María «antes de la creación del mundo¹», predestinándola a ser la madre de su Hijo en la Encarnación. Escuchemos las palabras de san Pablo en la *Carta a los Efesios*:

... por el amor; [el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo] nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por Jesucristo conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza y gloria de su gracia, con la cual nos hizo gratos en el Amado...²

Dios Padre concedió a la Virgen María la gracia de la victoria sobre el pecado y la muerte eterna, en su concepción, que el Hijo —a quien ella tenía que concebir en su vientre por obra y gracia del Espíritu Santo— nos conseguiría por su Pasión y Muerte en el Calvario.

¹ Ef. 1, 4.

² Ef. 1, 4-6.

Cuando nuestros primeros padres, con su pecaminoso orgullo, perdieron la vida de la gracia para la que Dios los había creado, Dios consecuentemente los expulsó del Jardín del Edén, el lugar de plena comunión con Él. Haciendo eso, Él se dirigió a la serpiente, a Satanás, anunciando la primera promesa de la salvación del hombre:

Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te herirá en la cabeza, mientras tú le herirás en el talón³.

Mientras Dios, en su justicia, expulsó a Adán y Eva del Jardín del Edén, en el cual habían gozado de comunión con Él; Dios, en su inconmensurable e incesante misericordia, inmediatamente anunció la gran obra de su salvación y de la salvación de su prole a través de su Hijo, nacido de una virgen⁴.

A lo largo de los siglos de espera de la Divina Prole de la Virgen Madre, Dios renovó su promesa. En la epístola de hoy, Nuestro Señor habló al rey Ajaz en el octavo siglo antes de Cristo, a través del profeta Isaías, renovando la promesa de salvación:

Pues bien, el propio Señor os da un signo. Mirad, la virgen está encinta y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel⁵.

Mientras nos preparamos para celebrar con la mayor solemnidad posible y alegría la venida de Nuestro Señor en nuestra carne, apropiadamente contemplamos el misterio de su Madre, la Virgen María, y agradecemos a Dios por el don de su divina maternidad por la que ella es también la Madre de la Divina Gracia para toda la Iglesia.

En vistas a que la Virgen María estuviera preparada para aceptar su vocación y misión de Madre de Dios, de Madre del Redentor; Dios Padre le concedió una participación plena en la gracia divina, en la victoria sobre el pecado y la muerte eterna, que solamente Dios Hijo Encarnado podía conseguir. La clásica representación de María Inmaculada la muestra aplastando con su pie la cabeza de la serpiente, recordándonos el cumplimiento de la primera promesa de nuestra salvación a través de su divina maternidad. Desde su concepción en el vientre de su madre Ana, María fue totalmente para Cristo; no hubo ninguna mancha de pecado en ella. Durante su vida, permaneció totalmente para Cristo.

³ Gn. 3, 15.

⁴ Cf. Is. 7, 14; Ap. 12, 4-5.

⁵ Is. 7, 14.

En el momento de la Anunciación, de la concepción virginal de Dios Hijo en el vientre inmaculado de María, el arcángel Gabriel reconoció con su saludo la belleza total de su alma: «—Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo⁶». La Virgen Madre manifiesta la divina sabiduría en la obra de la creación del mundo y, sobre todo, en la creación del hombre. Manifiesta la divina sabiduría en persona, la persona de su divino Hijo, en la tarea de restaurar la creación a su perfección original y, sobre todo, de restaurar al hombre a la comunión con Dios. Por esta razón, las Sagradas Escrituras describiendo la sabiduría de Dios refieren alegóricamente a María a quien Dios, desde el principio, había elegido para ser la Madre de su Hijo Unigénito, quien tomó nuestra carne humana en su vientre por obra y gracia del Espíritu Santo⁷.

María Inmaculada es la imagen de la victoria sobre el pecado en nuestras vidas por la obra de la gracia de Dios, la obra del Espíritu Santo en nuestras almas. Su estar libre de pecado nos inspira a recurrir a la gracia de Cristo que nos fue concedida en el Bautismo y en la Confirmación y que es restaurada dentro de nosotros a través del sacramento de la Penitencia y alimentada dentro nuestro a través de la sagrada Eucaristía que celebramos. María Inmaculada nos guía a su Hijo con la instrucción que ella primero dio a los encargados del vino en las Bodas de Caná: «—Haced lo que él os diga⁸». Su obediencia es nuestro modelo de santidad de vida a través de la obediencia a la palabra de Dios. No sin razón, las palabras de la instrucción maternal de María están esculpidas en la piedra angular de esta iglesia del santuario. En efecto, preparemos cada día para la venida del Señor en el último día haciendo cada día «lo que él [nos] diga».

Al mismo tiempo, María Inmaculada no deja de rezar maternalmente por nosotros. Ella conoce bien los engaños de Satanás por los cuales nuestros primeros padres perdieron la gracia; conoce nuestras batallas cotidianas en el seguimiento de su divino Hijo en el camino de la Cruz que conducen a la salvación eterna. Enfrentamos una situación en la cual Satanás, con su principal obra de confusión, error y desánimo, ha entrado en la propia vida de la Iglesia. Nuestra arma principal contra los asaltos del demonio es la sagrada Eucaristía y nuestra oración unida a la santa Eucaristía. Es la Madre de la Divina Gracia quien nos conduce al Sacrificio eucarístico y quien nos guía a renovar nuestra participación en el mismo a través de nuestras oraciones diarias y devociones. Por ello, volvamos a ella diariamente y

⁶ *Lc.* 1, 28.

⁷ Cf. L. Bouyer, *Dictionnaire théologique* (Tournai: Desclée & Co., 1963), p. 594. English translation: Louis Bouyer, *Dictionary of Theology*, tr. Charles Underhill Quinn (New York: Desclee Co., Inc., 1965), p. 464.

⁸ *Jn.* 2, 5.

durante todo el día, pidiendo la ayuda de su intercesión en estos tiempos muy tumultuosos para la Iglesia de la cual ella es madre.

La Santísima Virgen María, bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, es la patrona de nuestra amada nación. Pidámosle oraciones por nuestra patria en estos tiempos profundamente problemáticos en los cuales la vida humana, el matrimonio, la familia y la libre práctica de la religión están bajo un constante y feroz ataque. El santo rosario de la Santísima Virgen María es un medio espiritual muy potente para obtener la multitud de gracias, que tanto necesitamos para la conversión de nuestras vidas a Cristo y para la transformación de nuestra cultura, de acuerdo con el plan de Dios para nosotros y para el mundo. *Asaltemos el cielo* rezando el santo Rosario por nuestras familias y por nuestra nación⁹.

María Inmaculada ahora nos guía al Sacrificio eucarístico en el cual, con ella, nos unimos a Cristo, su Hijo, en el ofrecimiento de su vida por la salvación de todos los hombres. María también nos conduce al Fruto del Sacrificio de su Hijo: la Comunión con su Cuerpo y Sangre que nos purifican y fortifican para abrazar nuestros sufrimientos con amor puro y desinteresado a Dios y a nuestro prójimo. Sólo Cristo es la Sabiduría de Dios. Solo Él gana la victoria por la vida eterna. Unidos a Él, especialmente en el Sacrificio eucarístico, conocemos a la Divina Sabiduría y su victoria es también la nuestra.

Corazón de Jesús, configurado por el Espíritu Santo en el vientre de la Virgen Madre,
¡ten misericordia de nosotros!

Oh María, concebida sin pecado,
¡ruega por nosotros que recurrimos a ti!

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Raymond Leo Cardinal BURKE

⁹ Cf. https://www.catholicaction.org/take_heaven_by_storm.